

El diablo

Y aquellas caídas... y aquellas caídas eran las que comenzaban a hacer su vida.

Clarice Lispector

Hoy, después de verte, mi explicación de las cosas quedó desarmada otra vez. Desarmada, luego de tantos meses de estar poniendo cada faceta de ella en su lugar ... Es decir, el lugar que hiciera posible colocar las otras, de tal forma que la realidad apareciera frente a mis ojos en su magnífica desnudez.

El proceso fue muy complicado y, mientras lo realizaba, hubo días en que pasé tan ida y taciturna que me perdía en cualquier parte, sin saber qué me había llevado allí, confundiendo hasta el sentido de las palabras, de tal forma que decía a nuestra hija, por ejemplo, péinate los dientes y te vas a dormir, o cosas así. Seguro que no te acuerdas de esos días. Sé que mis pequeños deslices pasaron desapercibidos para ti.

No sé por qué, pero quiero explicarte.

Mi turbación se debía a que por alguna razón que no conocía, empezaba a notar un cierto desorden, una cierta inconsistencia en las cosas. A estas "cosas" yo les daba el nombre de "la realidad" por decirles de algún modo. La realidad me confundía tanto.

Me maravillaba al descubrir los increíbles juegos malabares que son su especialidad. Me envolvía una cierta fascinación al observarla riéndose de nosotros, haciéndonos la broma de tener que tomarla en serio con todas sus excentricidades.

¿Por qué tenía al despertar la angustiada certidumbre de que el sueño que había escapado era más real que estar sentada en mi cuarto, rodeada de objetos que la cotidianeidad había convertido en una masa informe?

¿Por qué se escindía el tiempo y con la sutileza de un olor, o de una melodía, regresaba a días pasados que eran más tangibles, más presentes que el día de hoy, marcado en el calendario?

Veía cada vez con mayor certidumbre cómo cuestiones contradictorias, excluyentes, debían ser aceptadas simultáneamente como verdaderas. Lo bueno, lo malo, la vida, la muerte, se amalgamaban como serpientes en su redil.

Te imagino con el entrecejo fruncido. Te pones así cuando, mientras yo me aferro a la idea de que hablo cosas serias, tú piensas que estoy loca.

Una mañana, me percaté de que me había sucedido algo terrible. Lo descubrí cuando estaba sentada frente a la ventana: la realidad estaba allí, afuera, tan cerca. Pero entre ella y yo, la viscosa humedad del vidrio. y yo no podía asirla. Podía verla, mas no alcanzarla. Podía verla, mas no nombrarla.

Se me hizo manifiesto: la viscosa humedad de un vidrio me acompañaba a todas partes, se plantaba en medio de las personas con quienes hablaba, y entonces; me sentía tan ridícula como quien gesticula tras la ventana en forma desesperanzada, sabiendo que nadie puede oír.

No puedo negar que esta sensación fue tenebrosa. Busqué a mi alrededor alguien que pudiera escucharme. Vano intento. La gente se dedicaba a arreglar armarios, a llevar presupuestos detallados, a pagar puntualmente el recibo del teléfono. Viejas actividades que yo también compartía. Últimamente, no había podido seguir así. Mi vida era sólo silencio, soledad y silencio.

Los días se convirtieron en martirio. Una viscosa frialdad de vidrio trasnochado me anudaba el estómago cada mañana al despertar. Viscosa frialdad de vidrio trasnochado asaltando mi pensamiento en la aparente normalidad de la rutina.

Las noches no. Entonces soñaba cosas hermosas. Soñaba, especialmente, que abrazaba a alguien cuyo rostro nunca pude ver y cuyo abrazo era un consuelo. Con el tiempo la calidad pastosa del sueño se prolongaba, aún cuando estaba despierta. Sus visiones fueron poblando mis días, llenando cada minuto de silencio, cambiando la inercia de mi vida, dándole sentido a las cosas: al perro en la calle, al humo de una chimenea. No sabía bien dónde terminaban mis sueños, dónde empezaba la realidad. y al fin de cuentas ¿qué era lo real? ¿Qué es lo real?

Algo en mí se aterró. No quiso vivir así, perdida, aún cuando ello me hiciera modestamente feliz. Mis bellos sueños desaparecieron.

Te busqué para que estuvieras conmigo, pero andabas pensando en política: lo que el país te necesitaba, afanado en desempeñar "el papel del ciudadano en el paulatino y mesurado cambio de estructuras democráticamente orientado."

Con cólera, con enojo, quise renunciar a mis oscuros impulsos. No desear más. Pensé que mi confusión se debía a mis anhelos, a mis insatisfacciones. No debía desear. El mundo era, después de todo, algo pasajero, breve como un suspiro, intrascendente.

Ésta fue para ti mi mejor época. Cumplía como nunca con las obligaciones para contigo. Tus camisas siempre limpias. Todas las cosas en orden. Esta adhesión a las obligaciones que se esperaba que yo cumpliera, tenían que justificar la ausencia de... no sé bien qué, que siempre estaba ausente.

Pensé que tal vez mi problema era que no me conocía. ¿Quién era esa extraña que vivía conmigo y a la que entendía cada vez menos? Desentrañé mis raíces y repasé hasta el cansancio mis recuerdos, hurgando en mi infancia, reconstruyendo el retrato de mis padres. Pero esto no ayudaba.

Pronto descubrí lo imposible de la tarea que me había impuesto. Al verme un día al espejo no pude más. Acepté sin más remilgos lo que veía al otro lado de la imagen: el poderoso y desconocido deseo. No lo podía evitar. Me sometí a su tiranía. Al dolor de sentir la cercanía de sus huellas huidizas. A la angustia de correr tras él, temiendo nunca alcanzarlo. Me sentí abrumada, con la angustia del que cae al fondo de un pozo oscuro.

De la misma forma ordinaria en que llegan los sucesos importantes, un día camino al trabajo tuve una visión reveladora. De la nada surgió la imagen: un gran diamante faceta do infinitamente. Era deslumbrante. Me perdí en la fascinación de sus múltiples poliedros, en la variación de sus luces, en sus destellos fríos. Por una sabiduría extraña, supe que ese diamante

era, finalmente, "la realidad" de una manera que yo podía entenderla. Allí cabían todas las cosas juntas. No había contradicciones, sólo juegos de caleidoscopio, sólo cambios de perspectiva que mostraban nuevas y maravillosas facetas. Se veía tan hermosa la realidad hecha diamante. Me reconciliaba con ella, aun con todos los hilos repudiados que implicaba.

Sin embargo, no era una forma simple, sencilla. Era más bien, una complicada estructura donde había que buscar a cada faceta, el sitio que le correspondía. Armar un rompecabezas. Había piezas fáciles de encontrar; otras, difíciles de colocar. No cabían, no cuadraban o no estaban a nuestra disposición.

Era claro que alguna pieza faltaba en mi rompecabezas: la que yo buscaba. Tenía que ser una pieza indispensable. Una pieza que debía darle unidad a todo. Por eso siempre mi rompecabezas quedaba desarmado, sin congruencia. Por eso mi vida era sólo un montón de contradicciones.

Después de sospecharlo todo el tiempo, supe con certeza cuál era el problema: tu vida encadenada a la mía. Tu vida enredándose por todas partes, llenándolo todo, asfixiando la vida que había en mí. Con esta recién estrenada lógica, todas las piezas cayeron en su lugar.

Entonces, TÚ apareciste claramente dejando atrás la bruma de la confusión. Entendí cómo habías impuesto tantas cosas, cómo me obligabas a ceder tanto. Comprendí que significabas renuncia, aceptación, la obligación de callar.

Te me revelaste con deslumbrante claridad.

Eras la fuerza que sustentaba un universo sin sentido. Eras la confusión. El asombro me arrebató. Tú que habías sido tanto, eras la pieza que yo buscaba. Decidida como nunca a resolver mi conflicto, quise arrancar con mucho esfuerzo, tus tentáculos alrededor de mí. Ha pasado largo tiempo y resististe demasiado. Te afanaste tanto por evitar lo inevitable.

Esta mañana entraste en nuestro cuarto y contigo un viento helado que no lo era sólo debido al tiempo. Tomé el puñal que brilló con un fulgor insospechado. Me acerqué a tu cuerpo con la ternura de siempre. No pensé que entraría tan fácil en tus carnes, que todo sería tan limpio. Con los ojos muy abiertos acercaste tu rostro al mío. No dijiste nada, sólo rozaste mis labios con el frío beso del adiós.

Se podrá pensar lo que se quiera, pero si alguien hubiese estado allí el día en que tomé tu vida en la penumbra de nuestro cuarto, mientras afuera brillaba un sol descomunal, sabría que traspasar ciertos umbrales prohibidos es también una experiencia espiritual.